

Memoria, archivo y desecho: la reconstrucción del pasado en las redes sociales

Francisca Segovia Castillo

La memoria se ha posicionado como uno de los temas centrales de discusión dentro y fuera de la academia; se han abierto un sinnúmero de reflexiones en torno a sus alcances y, principalmente, a las transformaciones que ha experimentado a lo largo de la historia. Frente a esta panorámica del presente que mira curiosa y atentamente a su pasado, la construcción de la memoria a nivel colectivo e individual rompe límites, para situarse en un terreno sinuoso en el que el *olvido*, la *inmediatez* y el *desecho* son protagonistas. En la actualidad, la saturación de información que invade al sujeto ha generado que estos cuestionamientos se vuelvan aún más complejos, puesto que el soporte mnémico se ha instalado en un nuevo y desconocido espacio: *al archivo digital*. En este sentido, las redes sociales cumplen una función trascendental, no solo por el nuevo paradigma que abren hacia la comprensión de la memoria y el impacto que ello supone sobre la noción de experiencia, sino que también por la nueva forma en que el sujeto construye, conscientemente, su identidad virtual.

El presente análisis se enfocará en una de las plataformas que mayor cantidad de usuarios acapara a nivel mundial: Facebook, que además de su popularidad, ofrece un sinnúmero de opciones y posibilidades al usuario con el fin de “personalizar” y especificar su participación. En esta oportunidad, más que hacer un análisis general sobre la utilización de Facebook y sus implicancias, pretendo detenerme en algunas páginas conmemorativas de personajes históricos, en este caso chilenos, para indagar en la reconstrucción de la memoria histórica a través de esta plataforma.

La cotidianidad virtual

Desde su lanzamiento mundial en el año 2004, Facebook se ha ramificado de manera acelerada como espacio publicitario, político, lúdico y bio-

gráfico. Instalado en la cotidianidad del individuo, esta especie de diario de vida colectivo ha generado un cambio imperceptible pero profundo en la forma en que se entiende la escritura de la historia, pues concibe a los sujetos como lectores, autores y editores de este infinito archivador virtual. La memoria colectiva, antes relacionada con la historia oral de las sociedades, se forma a través de esta plataforma de manera tal que fusiona precisamente esa oralidad con la nueva historia digital; un archivo que se posiciona desde su inmediatez y perturbadora totalidad.

A través de diversas opciones, los usuarios barajan la posibilidad de enunciar “estados”, subir imágenes, compartir otras, manifestar su apoyo por medio de un *click* o “me gusta”, compartir canciones y videos, etcétera. Pueden seleccionar a la gente que formará parte de sus “amigos”, bloquear a los indeseados e incluso seleccionar específicamente en cada publicación quiénes y cuándo la verán. Las alternativas de edición son múltiples y pueden parecer complejas en un principio, pero rápidamente los usuarios se adaptan a ellas. La relación entre cotidianidad y espacio virtual es precisamente lo que naturaliza el uso de esta herramienta entre los usuarios, al punto de que la cotidianidad se termina asimilando a Facebook.

La posibilidad de almacenamiento de la plataforma parece infinita; ordenados de forma cronológica, los datos se suceden rápidamente. Sobre esto, Huysen señala: “no cabe duda: el mundo se está musealizando y todos nosotros desempeñamos algún papel en este proceso. La meta parece ser el recuerdo total” (20). La memoria hoy en día se construye sobre este cúmulo de objetos que se erigen desde lo aleatorio y anecdótico. La experiencia del sujeto se sumerge en esta nueva mediación virtual que la condiciona, la aprueba y la selecciona para y por la mirada de otros. La red social es precisamente eso, una vitrina expuesta a cambios constantes en la que el sujeto instala el montaje de su propia vida.

Como se mencionó anteriormente, el afán por estudiar y rescatar el pasado de la actualidad es síntoma del envejecimiento global de una comunidad desmembrada y sumamente manipulada. Las identidades destruidas por el aparato moderno se venden como mercancías; es decir, lo mermado no es la experiencia, sino que la subjetividad del sujeto, ya que es a través del consumo de experiencias moldeadas por el sistema operante que se monta el espectáculo que oculta la ausencia de identidades. Repitiendo el modelo, en las redes sociales es el propio sujeto quien ha sido instruido y quien se encarga de armar este ideario biográfico. Para

muchos, la experiencia no cobra valor sino hasta que es montada para el resto. La figura del narrador, cuyo declive antes anunciara Benjamin, agoniza tras esta nueva dinámica en que el acontecer no es relatado, sino que mostrado tal cual por medio de una infinidad de dispositivos.

Sobre lo anterior, Ossa señala que “si la memoria sólo coordina lenguas rotas exhibidas en tiempos cortos, la experiencia retiene fibras muy delgadas de significación” (38). Frente a esta fragilidad empírica, la memoria se vuelve aún más frágil de lo que se pensó en relación, por ejemplo, a la historia oral, pues la seguridad que genera este archivo digital permanente bloquea la retención de lo vivido en el individuo. La actual preocupación por el pasado radica en las pequeñas muertes simbólicas que se dan en el presente; el pasado se perfila desde el desecho que la sobre acumulación provoca.

La reconstrucción de la memoria política

La construcción de Facebook tiene instalada en su origen la idea de lo social, es decir, de crear un nuevo imaginario colectivo radicado en lo virtual. En los últimos años se ha podido observar cómo distintos movimientos sociales se han levantado desde la difusión que la red virtual ofrece, convocando principalmente a través de la rápida propagación de información. Junto con esto, distintas causas, momentos y personajes históricos han sido rescatados del archivador museal para volver revitalizados. De esta manera, los usuarios tienen la posibilidad de recordar e incluso, como se observó en sitios dedicados a personajes de la historia política del país, dialogar e interpelar al pasado. El pasado reconstruido en Facebook cimienta esta especie de fantasmagoría que, bajo las leyes virtuales, puede llegar a ser presente.

En dichas páginas, el presente y el pasado se funden en este tiempo extraño, finito y fugaz a la vez. A modo de ejemplo, podemos señalar las páginas dedicadas a figuras como Salvador Allende. En estas se exponen datos biográficos del personaje, pero además se comparte material relacionado con los acontecimientos que marcaron su vida. Lo interesante es que dichos acontecimientos se funden con causas actuales. De esta forma, por ejemplo, en la página dedicada a Salvador Allende encontramos no solo información relacionada con el periodo histórico y político que refiere a la dictadura militar o a la Unidad Popular, sino que también

imágenes intercaladas de problemáticas sociales como el Transantiago, la educación e incluso discusiones medioambientales.

La representación del presente se elabora a partir de lo que el pasado ofrece y de lo que el presente carece. No es nueva la observación de Lyotard acerca de la caída de los grandes relatos que daban significación a la identidad. Mediante de la observación de estos sitios de Facebook se busca llenar de sentido al presente por medio de su unión con ese tiempo que sí tuvo una verdadera influencia simbólica en la construcción de la sociedad. Con esto, no se pretende invalidar estos sitios ni mucho menos las demandas que se puedan suscitar en el presente, sino que cuestionar el espacio virtual en que se desenvuelven y cómo es su correlato en la praxis social real.

Según lo anterior, el poder de convocatoria de estos sitios no se pone en duda; la interrogante apunta al efecto que pueda darse sobre un sujeto cuya subjetividad ha sido estratégicamente ocultada por el consumo y el espectáculo, en palabras de Debord. Esta contradicción puede observarse sobre todo en el ámbito político; Facebook vuelve a todos políticamente activos, pero la praxis cae en la ritualización de ese pasado añorado. El sujeto muestra su postura, pero el sistema le coarta las posibilidades de real participación.

La comunidad virtual de Facebook, saturada constantemente de información, elabora una memoria respaldada en el cúmulo de sucesos y citas hacia ese pasado que se pretende imitar. En una suerte de juego de adecuación, se dice de la experiencia lo que debe ser y no lo que está siendo. De esta forma, el pasado se vuelve cada vez más frágil; el pasado del presente parece inimaginable, a pesar de lo detallado que pueda parecer el archivo digital que lo contiene. Como señala Huyssen, “hoy se trata más bien de una fiebre mnemónica causada por el cibervirus de la amnesia que, de tanto en tanto, amenaza con consumir la memoria misma” (38). El miedo al olvido –factor determinante de la memoria, pues si hay memoria hay olvido– ha generado este nuevo estadio que comienza a desdibujarse y que bien enuncia el autor: la amnesia, pues en ella no hay selección del recuerdo, sino que simplemente desaparece la necesidad de retener en la experiencia lo que es posible almacenar en la historia digital.

El pasado se vuelve desecho cuando pierde su sentido. Una historia acumulada y delimitada por esta amnesia es lo que este fenómeno está secularizando y generando. Para algunas personas, el solo hecho de

intentar imaginar la vida antes de las redes sociales parece una tarea imposible. Facebook recrea biografías, pero genera la sospecha de esa carencia. En este sentido, la potencialidad masificadora y política de estas plataformas se desvanece en el momento en que el sujeto no es consciente de la ausencia de su propia subjetividad. La identidad pareciera no ser tal mientras se omite la fragmentación del tiempo, que amontona experiencia en montajes ilusorios. La cotidianidad que genera esta necesidad de “estar conectados” puede dificultar la generación del distanciamiento necesario para cuestionar nuestra propia participación en el declive de la memoria, tanto privada como colectiva.

Bibliografía

- Augé, Marc. *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Calveiro, Pilar. *Los usos políticos de la memoria*. Buenos Aires, 2006.
- Da Silva Catela, Ludmila. “El mundo de los archivos”. *Los archivos de la represión. Documentos, memoria y verdad*. Madrid: Siglo XXI, 2002. 195-219.
- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*, 1967. Web. <<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/Societe.pdf>>. 26 Ago. 2014.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor. *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
- Huyssen, Andreas. *En busca del futuro perdido*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Liotard, Jean. *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra, 1984.
- Ossa, Carlos. *La semejanza perdida*. Santiago: Metales Pesados, 2009.
- Richard, Nelly. *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2012.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Todorov, Tezan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.